

frasis del viñero habían hecho considerar los negocios de Sechard como un avispero donde era preciso no poner el pie.

Una vez terminada su misión, el sacerdote fué á comer á casa de su sobrino Postel, quien dispó la poca voluntad de su anciano tío, dando, como todo Angulema, la razón al padre contra el hijo.

—Con los disipadores hay recursos—dijo para terminar el pequeño Postel;—pero con los que hacen experimentos se arruinaría uno.

La curiosidad del cura de Marsac estaba enteramente satisfecha, lo que, en todas las provincias de Francia, es el principal objeto del excesivo interés que se demuestra. Por la noche, puso al corriente al poeta de todo lo que pasaba en casa de los Sechard, atribuyendo su viaje á una misión dictada por la caridad más pura.

—Ha endeudado usted de diez á doce mil francos á su cuñado y á su hermana—dijo para terminar,—y nadie, mi querido señor, tiene esa bagatela para prestársela al vecino. En Angulema, nadie es rico para eso. Yo creía que se trataba de mucho menos cuando usted me hablaba de sus letras.

Después de haber dado las gracias al anciano por sus bondades, el poeta le dijo:

—La palabra de perdón que usted me trae, es para mí el verdadero tesoro.

Al día siguiente, Luciano partió muy de mañana de Marsac para Angulema, donde entró á eso de las nueve con un bastón en la mano y vestido con una levita bastante estropeada por el viaje y un pantalón negro á listas blancas. Por otra parte, sus usadas botas decían bastante que pertenecían á la infortunada clase de los peatones. De modo que no se le ocultaba el efecto que debía producir en sus compatriotas el contraste de su vuelta y de su marcha. Pero, con el corazón aún bajo el peso de los remordimientos que le causaba el relato del cura, aceptaba por el momento aquel castigo, decidido á afrontar las miradas de sus conocidos. Luciano se decía á sí mismo: «¡Soy heroico!» Todas esas naturalezas de poeta empiezan por ser juguetes de sí mismos. A medida que caminaba por el Houmeau, su alma luchó entre la vergüenza de aquella vuelta y la poesía de sus recuerdos. Su corazón palpó al pasar por delante de la puerta de Postel, donde, felizmente para él, se encontraba

Leonia Marrón sola en la tienda con su hijo. Vió con placer (tanta fuerza conservaba su pasión) borrado el nombre de su padre. Después de su matrimonio, Postel repintó la botica, y puso encima, como en París: FARMACIA. Al subir la cuesta de la Puerta Palet, Luciano experimentó la influencia del aire natal, no sintió ya el peso de su infortunio, y se dijo con delicia:

—¡Voy á verles!

—Llegó hasta la plaza del Murier sin encontrar á nadie: ¡una dicha que esperaba apenas, él, que antes se paseaba triunfalmente por la villa! Marión y Kolb, que estaban de centinela en la puerta, se precipitaron en la escalera gritando:

—¡Ya está aquí!

Luciano vió el antiguo taller y el viejo patio, encontró en la escalera á su madre y á su hermana, y se abrazaron, olvidando por un instante todas sus desgracias en aquel abrazo. En familia, se arregla uno fácilmente con la desgracia; se arregla una cama, y la esperanza hace aceptar su dureza. Si Luciano ofrecía la imagen de la desesperación, ofrecía también la de la poesía: el sol del camino había bronceado su tez; una profunda melancolía, impresa en sus facciones, arrojaba sombras sobre su frente de poeta. Este cambio anunciaba tantos sufrimientos, que al aspecto de las huellas dejadas por la miseria en su fisonomía, el único sentimiento posible era la piedad. La imaginación partida del seno de la familia, encontraba á su vuelta tristes realidades. Eva tuvo, en medio de su alegría, la sonrisa de las santas en medio de su martirio. El dolor hace sublime el rostro de una joven muy hermosa. La gravedad que reemplazaba, en la cara de su hermana, la completa inocencia que él había visto en ella á su partida para París, hablaba demasiado elocuentemente á Luciano para que no recibiese una impresión dolorosa. De modo que la primera efusión de los sentimientos, tan viva, tan natural, fué seguida, de una y otra parte, de una reacción: todos temían hablar. Sin embargo, Luciano no pudo menos de buscar con una mirada á aquel que faltaba en aquella reunión. Esta mirada, bien comprendida, hizo llorar á Eva y, por carambola, á Luciano. Respecto á la señora Chardón, permaneció lívida y, en apariencia, impasible. Eva se levantó, bajó para evitar el decir á su hermano una palabra dura, y fué á decir á Marión:

—Hija mía, á Luciano le gustan mucho las fresas, ¡es preciso buscarlas!

—¡Oh! ya he pensado en que querría usted festejar al señor Luciano. Esté usted tranquila, tendrán un buen almuerzo y una buena comida.

—Luciano—dijo la señora Chardón á su hijo,—tienes mucho que reparar aquí. Partido, para ser objeto de orgullo en tu familia, nos has sumido en la miseria. Casi has roto en las manos de tu hermano el instrumento de fortuna en la cual no ha pensado más que por su nueva familia. No es eso solo lo que has destrozado...—dijo la madre.

Hubo una pausa espantosa, y el silencio de Luciano implicó la aceptación de aquellos reproches maternos.

—Entra en una senda de trabajo—le dijo la señora Chardón.—No te reprocho el que hayas intentado hacer revivir la noble familia de donde yo he salido; pero tales empresas exigen, ante todo, una fortuna y sentimientos grandes: tú no has tenido nada de eso. A la creencia, has hecho suceder en nosotras la desconfianza. Has destruído la paz de esta familia trabajadora y resignada, que caminaba aquí por una senda difícil... A las primeras faltas se debe un primer perdón. No comiences otra vez. Nos encontramos aquí en circunstancias difíciles, sé prudente, escucha á tu hermana; la desgracia es una maestra cuyas lecciones, dadas muy duramente, han dado su fruto en Eva; se ha vuelto seria, es madre, lleva todo el fardo de la casa á causa de la abnegación que siente por nuestro querido David; en fin, ella es ahora, por tu culpa, mi único consuelo.

—Podía usted ser más severa—dijo Luciano abrazando á su madre.—Acepto su perdón, porque será el único que recibiré nunca más.

Eva volvió, y por la actitud humilde de su hermano, comprendió que la señora Chardón había hablado. Su bondad hizo brotar una sonrisa en sus labios, á la cual respondió Luciano con lágrimas reprimidas. La presencia tiene una especie de encanto, cambia las disposiciones más hostiles entre amantes como en el seno de las familias, por grandes que sean los motivos de disgusto. ¿Es que el afecto traza en el corazón caminos donde á uno le gusta caer? ¿Pertenece este fenómeno á la ciencia del magnetismo? ¿Dice la razón que es preciso no verse nunca más, ó perdonar? Que esto se deba al razonamiento, á una causa física ó al alma á que este

afecto pertenece, es lo cierto que todos habrán observado que las miradas, el gesto y la acción de un ser amado, encuentran en los que más ha maltratado, apenado ú ofendido, vestigios de ternura. Si el espíritu olvida difícilmente, si el interés sufre aún, el corazón, á pesar de todo, vuelve á tomar su yugo. Así, pues, la pobre hermana, escuchando hasta la hora de almorzar las confidencias de su hermano, no fué dueña de sus ojos cuando le miró, ni de su acento cuando dejó hablar al corazón. Al comprender los elementos de la vida literaria de París, comprendió cómo había podido sucumbir en la lucha Luciano. La alegría del poeta acariciando al hijo de su hermana, sus niñerías, la dicha de volver á ver su país y los suyos, mezclada con la profunda pena de saber á David escondido; las palabras melancólicas que se le escaparon á Luciano, su enternecimiento al ver que, en medio de su miseria, su hermana se había acordado de sus gustos cuando Marión le sirvió las fresas; todo, hasta la obligación de albergar al hermano pródigo y de ocuparse de él, hizo de este día una fiesta. Fué como una tregua con la miseria. El padre Sechard hizo retroceder á las dos mujeres del camino de sus sentimientos, diciéndoles:

—¡Lo agasajan ustedes como si trajera cientos y miles!...

—Pero ¿qué ha hecho mi hermano para que no sea festejado?...—exclamó la señora Sechard volviendo por la honra de Luciano.

No obstante, una vez pasadas las primeras efusiones, las nubes de la verdad despuntaron. Luciano percibió en seguida en Eva la diferencia del afecto actual y del que le tenía antaño; David era honrado profundamente, mientras que Luciano era amado, á pesar de todo, y como se quiere á una querida á pesar de los desastres que causa. La estimación, fondo necesario á nuestros sentimientos, es la sólida tela que les da no sé qué certeza ó seguridad de la que vive, y que faltaba entre la señora Sechard y su hijo, entre la hermana y el hermano. Luciano se vió privado de aquella seguridad que hubiesen tenido en él si no hubiese faltado al honor. La opinión escrita por Arthez acerca de él, que se había convertido en la de su hermana, se dejaba adivinar en los gestos, en las miradas, en el acento. ¡Luciano era compadecido! Pero respecto á ser la gloria y la nobleza de la familia, el héroe del hogar doméstico, todas estas esperanzas habían acabado para siempre. Temían bastante su li-

gereza para dejar de ocultarle el asilo donde vivía David. Eva, insensible á las caricias de que fué acompañada la curiosidad de Luciano, que quería ver á su hermano, no era ya la Eva del Houmeau, para quien antes una sola mirada de Luciano era una orden irresistible. Luciano habló de reparar sus faltas, alabándose de poder salvar á David. Eva le respondió:

—No te mezcles en ese asunto; tenemos por adversarios á los hombres más pérfidos y más hábiles.

Luciano levantó la cabeza, como si quisiese decir:

—He luchado con los parisienses...

Su hermana le suplicó con una mirada que significaba:

—Has sido vencido.

—Ya no soy amado—pensó Luciano.—Tanto para la familia como para el mundo, es preciso, pues, salir airoso.

Desde el segundo día, tratando de explicarse la poca confianza de su madre y de su hermana, el poeta fué presa de un pensamiento, si no rencoroso, al menos apenado. Aplicó la medida de la vida parisiense á la casta vida de provincias, olvidando que la medianía en ésta, cuando el corazón está sano, lleva á una sublime resignación, madre de la más pura serenidad de juicio.

—Son burguesas y no pueden comprenderme—se dijo separándose así de su hermana, de su madre y de Sechard, á quien no podía engañar acerca de su carácter ni de su porvenir.

Eva y la señora Chardón, en quienes el sentido adivinatorio se había despertado con tantos choques y desgracias, y que espiaban los pensamientos más secretos de Luciano, se vieron mal juzgadas y aisladas.

—París nos lo ha cambiado mucho—se dijeron.

Recogían, al fin, el fruto del egoísmo que ellas mismas habían cultivado. De una y otra parte, aquel ligero germen debía fermentar y fermentó; pero principalmente en Luciano, que se encontraba tan reprochable. Respecto á Eva, era una de esas hermanas que saben decir á un hermano que ha faltado:

—Perdóname tus faltas.

Cuando la unión de dos almas ha sido perfecta como lo fué entre Luciano y Eva al estrenarse en la vida, todo ataque á este hermoso sentimiento es mortal. Allí donde los malvados se reconcilian después de haberse dado de puña-

ladas, los enamorados riñen, irrevocablemente, por una mirada, por una palabra. En este recuerdo de la casi perfección de la vida del corazón, se encuentra el secreto de reparaciones frecuentemente inexplicables. Se puede vivir con una desconfianza en el corazón, cuando el pasado no ofrece el cuadro de un afecto puro y sin nubes; pero para dos seres que habían estado antes perfectamente unidos, la vida se hace insoportable cuando la mirada y la palabra exigen precauciones. Por eso los grandes poetas matan á sus Pablo y Virginia al calor de la adolescencia. ¿Comprenderíais á Pablo y Virginia reñidos? Hagamos observar, para gloria de Eva y Luciano, que los intereses, tan fuertemente heridos, no avivaban aquellas heridas; tanto en la hermana irreprochable como en el poeta culpable, todo era sentimiento; de modo que el menor error, la querrela más insignificante, un nuevo desengaño debido á Luciano podía desunirlos ó inspirar una de esas disputas que enemistan irrevocablemente. Tratándose de dinero, todo se arregla; pero los sentimientos son despiadados.

Al día siguiente, Luciano recibió un número del periódico de Angulema y palideció de placer al verse objeto de uno de esos primeros *Primeros-Angulema*, que se permitió esta estimable hoja, la cual, semejante á las Academias de provincia, y como hija bien educada, según la frase de Voltaire, no hacía hablar nunca de ella.

«Si es verdad que la Franche-Comté se enorgullece de haber dado la vida á Victor Hugo, á Carlos Nodier y á Cuvier; la Bretaña, á Chateaubriand y á Lamennais; la Normandía, á Casimiro Delavigne; la Turena, al autor de *Eloa*, hoy día Angulema, donde ya, bajo Luis XIII, floreció el ilustre Guez, más conocido con el nombre de Balzac, no tiene nada que envidiar á esas provincias; ni al Limousin, que ha producido á Dupuytren, ni á Aubernia, patria de Montlosier, ni á Burdeos, que ha tenido la dicha de ver nacer á tantos grandes hombres; ¡nosotros también tenemos un poeta! El autor de los hermosos sonetos titulados *Margaritas*, une á la gloria del poeta la del prosista, pues se debe á él igualmente la magnífica novela titulada *El arquero de Carlos IX*. Llegará un día en que nuestros nietos estarán orgullosos de tener por compatriota á Luciano Chardón, ¡¡¡un rival de Petrarca!!!...»

En los periódicos de provincias de aquel tiempo, los signos de admiración se parecían á los *hurra* con que se acoge los *speeck* de los mítines en Inglaterra.

«A pesar de sus brillantes éxitos en París, nuestro joven poeta se ha acordado de que el hotel de Bargetón era la cuna de sus triunfos; que la aristocracia de Angulema era la primera que había aplaudido sus poesías; que la esposa del señor conde del Chatelet, prefecto de nuestro departamento, había animado sus primeros pasos en la carrera de las Musas, y ha venido entre nosotros... El Houmeau entero se conmovió ayer cuando se presentó nuestro Luciano de Rubempré. La noticia de su vuelta ha producido la impresión más viva. Ciertamente que la villa de Angulema no se dejará sobrepujar por el Houmeau en los honores que se habla de conceder á aquel que, ya en la prensa, ya en la literatura, ha representado tan gloriosamente nuestra villa en París. Luciano, poeta religioso y realista á la vez, ha arrosado el furor de los partidos, y ha venido, según dicen, á descansar de las fatigas de una lucha que cansaría á atletas más fuertes aún que los hombres poéticos y sofadores.

«Por un pensamiento eminentemente político, que con sinceridad aplaudimos, y que la señora de Bargetón, según dicen, ha sido la primera en concebir, se trata de conceder á nuestro gran poeta el título y el nombre de la ilustre familia de Rubempré, cuya única heredera es la señora Chardón, madre de Luciano. Rejuvenecer de este modo, con talentos y glorias, las antiguas familias próximas á extinguirse, es, en el inmortal autor del Código constitucional, una nueva prueba de su constante deseo, expresado en las palabras *unión y olvido*.

«Nuestro poeta ha ido á casa de su hermana, la señora Sechard.»

En la data de Angulema se encontraban las noticias siguientes:

«Nuestro prefecto, el señor conde del Chatelet, que es ya gentilhomme de la cámara de S. M., acaba de ser nombrado consejero de Estado en servicio extraordinario.

«Todas las autoridades se presentaron ayer en casa del señor prefecto.

«La señora condesa Sixto del Chatelet recibirá todos los jueves.

«El señor Negrepelisse, alcalde de Escarbas, representante de la rama menor de los Spard y recientemente nombrado conde, par de Francia y comendador de la real orden de San Luis, es el designado, según dicen, para presidir el gran colegio electoral de Angulema en las próximas elecciones.»

—Toma—dijo Luciano á su hermana entregándole el periódico.

Después de haber leído el artículo con detención, Eva devolvió el periódico á su hermano con aire pensativo.

—¿Qué dices á eso?—le preguntó Luciano, asombrado de una prudencia que parecía frialdad.

—Amigo mío—respondió Eva,—este periódico pertenece á los Cointet, son absolutamente dueños de insertar en él los artículos que más les convengan, y los únicos que les van á la mano son la prefectura y el obispado. ¿Crees capaz á tu antiguo rival, hoy prefecto, de alabarte de ese modo? ¿Olvidas que los Cointet nos persiguen bajo el nombre de Metivier, y que quieren aprovecharse de los descubrimientos de David? De cualquier parte que venga ese artículo, lo encuentro inquietante. Tú no excitabas aquí más que odios y envidias; te calumniaban en virtud del proverbio: *Nadie es profeta en su tierra*, y he aquí que cambia todo en un abrir y cerrar de ojos.

—No conoces el amor propio de las villas de provincia—respondió Luciano.—En un pueblecito del mediodía han ido á las puertas de la villa á recibir triunfalmente á un joven que había ganado el premio de honor en el gran concurso, viendo en él un gran hombre en germen.

—Escúchame, mi querido Luciano, no quiero sermonearte, te lo diré todo en una sola palabra: desconfío aquí de las cosas más insignificantes.

—Tienes razón—respondió Luciano, sorprendido de encontrar tan poco entusiasmo en su hermana.

El poeta estaba en el colmo de la alegría al ver cambiarse en un triunfo su mezquina y vergonzosa entrada en Angulema.

—¡No creéis en la poca gloria que nos cuesta tan cara!—exclamó Luciano después de una hora de silencio, durante el cual se produjo en su corazón como una tormenta.

Por toda respuesta, Eva miró á Luciano, y aquella mirada hizo que se avergonzase de su acusación.

Algunos instantes antes de comer, un empleado de la prefectura trajo una carta dirigida al señor Luciano Chardón y que pareció dar la razón á la vanidad del poeta, que el mundo disputaba á la familia.

Esta carta era la invitación siguiente:

«El señor conde Sixto del Chatelet y su señora ruegan al señor Luciano Chardón que les haga el honor de comer con ellos el 15 de Septiembre próximo.

R. S. V. P.»

Con esta carta iba la siguiente misiva:

EL CONDE SIXTO DEL CHATELET

*Gentilhombre ordinario de la Cámara del rey, prefecto del Charente
y Consejero de Estado*

—Está usted en favor—dijo el padre Sechard.—Hablan de usted en la villa como de un gran personaje. Angulema y el Houmeau disputan sobre quién retorcerá las coronas...

—Mi querida Eva—dijo Luciano á su hermana al oído,—me encuentro absolutamente igual que estaba en el Houmeau el día en que debía ir á casa de la señora de Bargetón. No tengo vestido para la comida del prefecto.

—¿Piensas, pues, aceptar esa invitación?—exclamó la señora Sechard asustada.

Se empeñó una disputa entre el hermano y la hermana acerca de si debía ir ó no Luciano á la prefectura. El buen sentido de la mujer de provincia decía á Eva que no debe uno presentarse en sociedad más que con rostro risueño é irreprochablemente vestido; pero ocultaba su verdadero pensamiento:

—¿Dónde llevaría á Luciano la comida del prefecto? ¿Qué puede hacer por él el gran mundo de Angulema? ¿No maquinan algo contra él?

Luciano acabó por decir á su hermana antes de acostarse:

—Tú no sabes cuál es mi influencia; la mujer del prefecto tiene miedo al periodista; y, por otra parte, en la condesa del Chatelet existe siempre Luisa de Negrepelisse. Una mu-

jer que acaba de obtener tantos favores puede salvar á David. Le diré el descubrimiento que acaba de hacer mi hermano, y no le costará gran trabajo obtener para él, del ministerio, un socorro de diez mil francos.

A las once de la noche, Luciano, su hermana, su madre, el padre Sechard, Marión y Kolb fueron despertados por la música del pueblo, á la cual se había unido la de la guarnición, y encontraron la plaza de Murier llena de gente. Era una serenata que los jóvenes de Angulema daban á Luciano Chardón de Rubempré. Luciano salió á la ventana de su hermana, y dijo, en medio del más profundo silencio, después del último trozo:

—Doy las gracias á mis compatriotas por el honor que me hacen, del cual procuraré hacerme digno, y me dispensarán que sea tan conciso; pues mi emoción es tan viva, que no sabría continuar.

—¡Viva el autor de *El arquero de Carlos IX!*...

—¡Viva el autor de las *Margaritas!*...

—¡Viva Luciano de Rubempré!...

Después de estas tres salvas, gritadas por varias voces, tres coronas y unos ramos de flores fueron arrojados diestramente por la ventana dentro de la habitación. Diez minutos después, la plaza de Murier estaba vacía, el silencio reinaba en ella.

—Preferiría diez mil francos—dijo el viejo Sechard, que miraba y remiraba las coronas y los ramos con un aire profundamente socarrón.—Pero les ha dado usted margaritas y le pagan con ramos de flores. Negocia usted con las flores.

—¡Esa es la estimación que tiene usted á los honores que me conceden mis conciudadanos!—exclamó Luciano, cuya fisonomía ofreció una expresión completamente desprovista de melancolía y que irradió verdaderamente de satisfacción.—Papá Sechard, si conociese usted á los hombres, vería que no hay dos momentos iguales en la vida. ¡Sólo existe un entusiasmo verdadero al que se pueden deber semejantes triunfos! Esto quita muchas penas, mi querida madre y mi buena hermana.

Luciano abrazó á su madre y á su hermana como se abraza en esos momentos en que la alegría se desborda de tal modo que es preciso arrojarse en los brazos de un amigo. (A falta de un amigo—decía un día Bixiou,—un autor, embriagado con su triunfo, abraza á su portero.)

—¿Por qué lloras, mi querida niña?—le dijo á Eva...—
¡Ah! es de alegría...

—¡Ay de mí!—dijo Eva á su madre antes de acostarse y cuando estuvieron solas,—creo que en un poeta hay una mujer bonita de la peor especie...

—Tienes razón—le contestó su madre meneando la cabeza.—Luciano ha olvidado, ya no sólo sus desgracias, sino también las nuestras.

Madre é hija se separaron sin atreverse á decir todo lo que pensaban.

En los países devorados por las ideas de insubordinación social, oculta bajo el nombre de *igualdad*, todo triunfo es un milagro que no se produce sin la cooperación de maquinistas diestros, como ciertos milagros de otras partes. De diez ovaciones obtenidas por diez hombres vivos y concedidas en el seno de la patria, hay nueve cuyas causas son ajenas al hombre coronado. El triunfo de Voltaire en el Teatro Francés, ¿no era el de la filosofía de su tiempo? En Francia, no se puede triunfar más que cuando se corona todo el mundo en la cabeza del triunfador. Por eso las dos mujeres acertaban en sus presentimientos. El éxito del gran hombre de provincias era demasiado antipático á las costumbres inamovibles de Angulema, para no haber sido puesto en escena por intereses ó por un maquinista apasionado, colaboraciones igualmente péfidas. Como la mayor parte de las mujeres de estos lugares, Eva desconfiaba por sentimiento y sin poder justificarse á sí misma su desconfianza. Eva se dijo al dormirse:

—¿Quién quiere aquí á mi hermano lo bastante para haber excitado al país?... Por otra parte, si las *Margaritas* no se han publicado aún, ¿cómo pueden felicitarle por un éxito futuro?

En efecto, aquel triunfo era obra de Petit-Claud. El día en que el cura de Marsac le anunció la vuelta de Luciano, el procurador comía por primera vez en casa de la señora de Senonches, que debía recibir oficialmente la petición de la mano de su pupila. Fué una de esas comidas en familia cuya solemnidad se adivina más bien por los tocados que por el número de convidados. Aunque en familia, saben qué representan, y las intenciones se descubren en todos los gestos. Francisca iba vestida como para ponerla en un escaparate. La señora de Senonches había enarbolado el pabe-

llón de sus vestidos más rebuscados. El señor de Hautoy vestía de negro. El señor de Senonches, á quien su mujer había escrito la llegada de la señora del Chatelet, que debía presentarse por primera vez en su casa, y la presentación oficial de un pretendiente de Francisca, había vuelto de casa del señor de Pimentel. Cointet, vestido con su más bonito traje marrón de corte eclesiástico, ofrecía á las miradas un diamante de seis mil francos en sus chorreras, como venganza del negociante rico contra la aristocracia pobre. Petit-Claud, perfumado, peinado y enjabonado, no había podido desprenderse de su aircillo seco. Era imposible dejar de comparar aquel procurador delgaducho, estrujado en su traje, con una víbora helada; pero la esperanza aumentaba de tal modo el brillo de sus ojos de urraca, puso tanta afectación en su rostro, se disfrazó tan bien, que llegó casi á la dignidad de un ambicioso procuradorcillo del rey. La señora de Senonches había rogado á sus íntimos que no dijese una palabra de la primera entrevista de su pupila con su pretendiente, ni de la aparición de la prefecta, de modo que esperaba tener sus salones llenos. En efecto, el señor prefecto y su señora habían hecho sus visitas oficiales por carta, reservándose el honor de las visitas personales como un medio de acción. De este modo, la aristocracia de Angulema sentía una curiosidad tan enorme, que varias personas del campo de Chandour se propusieron ir al palacio Bargetón, pues se obstinaban en no llamar á aquella casa palacio de Senonches.

Las pruebas del crédito de la condesa del Chatelet habían despertado muchas ambiciones; y, por otra parte, decían que había cambiado tanto á su favor, que todos querían verlo por sí mismos. Al saber por Cointet, durante el camino, la gran noticia del favor que Ceferina había obtenido de la prefecta para poder presentarle al futuro de su querida Francisca, Petit-Claud se lisonjeó de sacar partido de la falsa posición en que colocaba á Luisa de Negrepelisse la vuelta de Luciano.

Los señores de Senonches habían adquirido unos compromisos tan pesados comprando su casa, que, como gente provinciana, no hicieron el menor cambio en ella. Por eso, la primera frase de Ceferina á Luisa cuando anunciaron á ésta, fué, yendo á su encuentro:

—Mire, mi querida Luisa... aun está usted en su casa.

Y le mostraba la araña con arambeles, los zócalos y el mobiliario que antaño habían fascinado á Luciano.

—Querida mía, eso es lo que menos quiero recordar—dijo graciosamente la señora prefecta dirigiendo una mirada en torno suyo para examinar á la asamblea.

Todos se dijeron que Luisa de Negrepelisse no se parecía á sí misma. La sociedad parisiense que había frecuentado durante año y medio, las primeras felicidades de su matrimonio que transformaban tanto á la mujer como Paris había transformado á la provinciana, la especie de dignidad que da el poder, todo contribuía á hacer de la condesa del Chatelet una mujer que se parecía á la señora de Bargetón como se parece á su madre una joven de veinte años. Llevaba un encantador gorro de encaje y de flores, negligentemente sujeto por un alfiler con cabeza de diamante. Su peinado á la inglesa favorecía su rostro y la rejuvenecía ocultando los contornos. Llevaba un vestido de seda con corpiño terminado en punta, deliciosamente entallado y cuya forma, debida á la célebre Victorina, hacía resaltar su talle. Sus espaldas, cubiertas con una pañoleta de blondas, apenas eran visibles bajo un encaje de gasa sabiamente colocado en torno de su cuello demasiado largo. Finalmente, jugaba con esas bonitas chucherías cuyo manejo es el escollo de las provincianas; un precioso pebetero colgaba de su brazaete por medio de una cadena; en una mano llevaba el abanico y el pañuelo aprisionado sin verse embarazada. El exquisito gusto en los menores detalles, su actitud y los modales copiados de la señora de Espard, revelaban en Luisa un sabio estudio del arrabal Saint Germain. Respecto al viejo hermoso del imperio, el matrimonio lo había madurado como á esos melones que, verdes aún la víspera, se vuelven amarillos en una sola noche. Al encontrar en el rostro radiante de su mujer la frescura que había perdido Sixto, dijéronse de oreja á oreja bromas provincianas, con tanta mayor satisfacción cuanto que todas las mujeres estaban rabiosas de la nueva superioridad de la antigua reina de Angulema, y el tenaz intruso pagó por su mujer. Excepto los señores de Chandour, el difunto Bargetón, el señor de Pimentel y los Rastignac, la concurrencia en el salón era tan numerosa aproximadamente como el día que Luciano hizo su lectura en él, pues monseñor el obispo llegó seguido de sus grandes vicarios. Sobrecogido por el espectáculo de la

aristocracia de Angulema, en cuyo seno desesperaba verse jamás cuatro meses antes, Petit Claud sintió calmarse su odio contra las clases superiores. Encontró encantadora á la condesa del Chatelet, y se dijo:

—Esa es la mujer que puede hacer que me nombren sustituto.

A mediados de la reunión, después de haber hablado durante aquel tiempo con todas las mujeres, variando el tono de su conversación según la importancia de la persona y la conducta que había ésta observado cuando su huída con Luciano, Luisa se retiró á un gabinete con monseñor. Ceferina tomó del brazo á Petit-Claud, cuyo corazón latía precipitadamente, y lo condujo hacia aquel gabinete donde habían comenzado las desgracias de Luciano y donde iban á consumarse.

—Querida—dijo á la condesa del Chatelet,—te presento al señor Petit-Claud, y te lo recomiendo con tanto mayor interés cuanto que todo lo que hagas por él aprovechará sin duda á mi pupila.

—¿Es usted procurador, caballero?—dijo la augusta hija de los Negrepelisse mirando de pies á cabeza á Petit-Claud.

—¡Ay de mí si, señora condesa. (El hijo del sastre del Houmeau no había tenido nunca, ni una sola vez, ocasión de servirse de esas dos palabras, y se llenó la boca al pronunciarlas.) Pero—continuó,—depende de la señora condesa el que me sostenga en el estrado. Dicen que el señor Milaud va á Nevers...

—Pero—repuso la condesa,—¿no se es segundo y después primer sustituto? Quisiera verle á usted en seguida primer sustituto. Para que me ocupe de usted y obtenerle ese favor, quiero tener alguna seguridad de su abnegación á la legitimidad, á la religión y sobre todo al señor de Villele.

—¡Ah! señora—dijo Petit-Claud aproximándose al oído de la condesa,—soy hombre capaz de obedecer absolutamente al rey.

—Eso es lo que necesitamos hoy—replicó la condesa retrocediendo un poco para darle á comprender que no quería que le dijese nada al oído.—Si le conviene usted siempre á la señora de Senonches, cuente conmigo—añadió haciendo un gesto real con su abanico.

—Señora—dijo Petit-Claud, al que se mostró Cointet llegando hasta la puerta del gabinete,—Luciano está aquí.

—¿Y qué, caballero?—respondió la condesa con un tono que hubiese detenido toda palabra en la garganta de un hombre vulgar.

—La señora condesa no me comprende—repuso Petit-Claud, sirviéndose de la fórmula más respetuosa,—quiere darle una prueba de mi abnegación á su persona. ¿Cómo quiere la señora condesa que sea recibido en Angulema el gran hombre? No hay términos medios: debe ser objeto de desprecio ó de gloria.

Luisa de Negrepelisse no había pensado en ese dilema, en el que estaba más interesada á causa del presente que del pasado. Ahora bien, el éxito del plan concebido por el procurador para lograr el arresto de Sechard, dependía del interés que sintiera á la sazón la condesa por Luciano.

—Señor Petit-Claud—dijo ella tomando una actitud digna y altiva,—si quiere usted pertenecer al gobierno, sepa que su primer principio debe ser no equivocarse nunca, y que las mujeres tienen aún más que el gobierno el instinto del poder y el sentimiento de su dignidad.

—Eso es precisamente lo que yo pensaba, señora—respondió vivamente observando á la condesa con una atención tan profunda como poco visible.—Luciano ha llegado en la mayor miseria. Pero, si debe recibir una ovación, puedo también obligarle con la misma ovación á dejar Angulema, donde su hermana y David son objeto de persecuciones ardientes...

Luisa de Negrepelisse dejó ver en su rostro altivo un ligero movimiento producido por la represión de su alegría. Sorprendida de verse tan bien comprendida, miró á Petit-Claud desplegando su abanico, pues Francisca de la Haya entraba, lo cual dió tiempo para una respuesta.

—Caballero—le dijo con una sonrisa significativa,—será usted pronto procurador del rey...

¿No era aquello decirlo todo sin comprometerse?

—¡Oh! señora—exclamó Francisca yendo á dar las gracias á la condesa,—le deberé, pues, la felicidad de mi vida.

Y le dijo al oído, inclinándose hacia su protectora con gesto de juvenzuela:

—Me hubiera muerto lentamente siendo la mujer de un procurador de provincia...

Si Ceferina se había arrojado de aquel modo sobre Luisa,

fué empujada á ello por Francisco, que no carecía de cierto conocimiento del mundo burocrático.

—En los primeros días de todo acontecimiento, ya sea el de un prefecto, de una dinastía ó de una empresa—dijo el antiguo cónsul general á su amiga,—se encuentra á las personas dispuestas á servir; pero pronto reconocen los inconvenientes de la protección y se vuelven frías. Hoy Luisa dará por Petit-Claud pasos que no daría por su marido de usted dentro de tres meses.

—¿Piensa la señora en todas las obligaciones del triunfo de nuestro poeta?—dijo Petit-Claud.—Tendrá que recibir á Luciano dentro de los diez días que durará la fiesta.

La prefecta hizo una señal con la cabeza á fin de despedir á Petit-Claud, y levantóse para ir á hablar con la señora de Pimentel, que mostró su cabeza á la puerta del gabinete. Sorprendida por la nueva elevación del bueno de Negrepelisse á la pairía, la marquesa juzgó necesario ir á halagar á una mujer bastante hábil para haber aumentado su influencia cometiendo casi una falta.

—Dígame, querida, ¿para qué se ha tomado usted el trabajo de poner á su padre en la alta cámara?—dijo la marquesa en medio de una conversación confidencial, en la que no tenía más remedio que inclinarse ante la superioridad de su *querida Luisa*.

—Querida, me han concedido ese favor con tanta más facilidad cuanto que mi padre no tiene hijos y votará siempre por la corona; pero si yo tengo hijos, espero que concederán al mayor el título, las armas y la pairía de su abuelo...

La señora de Pimentel vió con pena que no podía valerse, para realizar su deseo de elevar al señor de Pimentel á la pairía, de una madre cuya ambición se extendía á sus hijos venideros.

—Tengo á la prefecta—decía Petit-Claud á Cointet al salir,—y le prometo el acta de sociedad... Dentro de un mes seré primer sustituto y usted será dueño de Sechard. Ahora procure buscarme un sucesor para mi despacho, que he convertido en cinco meses en el primero de Angulema.

—Sólo le falta á usted montar á caballo—dijo Cointet casi envidioso de su obra.

Todos pueden comprender ahora la causa del triunfo de Luciano en su país. A la manera de aquel rey de Francia que no vengaba al duque de Orleáns, Luisa no quería acor-

darse de las injurias recibidas en París por la señora de Bargetón. Quería guiar á Luciano, aplastarlo con su protección y desembarazarse de él *honradamente*. Puesta al corriente de la intriga de París por las habladurías, Petit-Claud había adivinado el odio vivo que sienten la mujeres por el hombre que no ha sabido amarlas en el momento que han sentido deseos de ser amadas.

Al día siguiente de la ovación que justificaba el pasado de Luisa de Negrepelisse, Petit-Claud, para acabar de emborrachar á Luciano y hacerse dueño suyo, se presentó en casa de la señora Sechard á la cabeza de seis jóvenes de la ciudad, todos antiguos compañeros de Luciano en el colegio de Angulema. Aquella comisión era enviada al autor de las *Margaritas* y de *El arquero de Carlos IX* por sus discípulos, para invitarle á un banquete que querían dar al gran hombre salido de sus filas.

—¡Toma! ¿eres tú, Petit-Claud?—exclamó Luciano.

—Tu entrada aquí—dijo Petit-Claud,—ha estimulado nuestro amor propio, ha encendido nuestro honor, y te preparamos una cena magnífica. Asistirán á ella nuestro proveedor y nuestros profesores, y, según van las cosas, también asistirán las autoridades.

—¿Y para qué día?—dijo Luciano.

—El domingo próximo.

—Me es imposible—respondió el poeta,—no puedo aceptar más que para dentro de diez días... Pero entonces lo haré gustoso...

—Perfectamente, estamos á tus órdenes—dijo Petit-Claud,—sea para dentro de diez días.

Luciano estuvo encantador con sus compañeros, que le demostraron una admiración casi respetuosa. Habló durante media hora con mucho ingenio, pues se hallaba en un pedestal y quería justificar la opinión del país; se puso las manos en los bolsillos, y habló completamente como hombre que ve las cosas desde la altura en que sus conciudadanos lo han colocado. Fué modesto y buen muchacho, como un genio en familia. Lamentóse como un atleta fatigado de las luchas en París, desilusionado de todo, felicitó á sus camaradas por no haber abandonado su buena provincia, etc. Los dejó encantados de él. Después, llamó aparte á Petit-Claud y le preguntó la verdad acerca de los asuntos de David, reprochándole el estado de secuestro en que se hallaba su

cuñado. Luciano quería fingir con Petit-Claud. Este se esforzó en infundir á su antiguo camarada la opinión de que él, Petit-Claud, era un pobre procuradorcillo de provincias, sin ninguna clase de astucia. La actual constitución de las sociedades, infinitamente más complicada en su mecanismo que la de las sociedades antiguas, ha tenido por efecto subdividir las facultades del hombre. Antaño, las gentes eminentes, obligadas á ser universales, aparecían en número reducido y como antorchas en medio de las naciones antiguas. Más tarde, si las facultades se especificaron, la calidad se dirigía aún al conjunto de las cosas. Por eso un hombre *rico en cautela*, como se dijo de Luis XI, podía aplicar su astucia á todo; pero hoy día hasta la calidad se ha subdividido. Por ejemplo, tantas profesiones, tantas astucias diferentes. Un diplomático astuto será engañado en un asunto, en el fondo de una provincia, por un procurador mediano ó por un aldeano. El periodista más astuto puede ser un estúpido en materia de intereses comerciales, y Luciano tenía que ser y fué el juguete de Petit-Claud. El malicioso procurador había escrito el artículo por el que la ciudad de Angulema, comprometida con su arrabal del Houmeau, se veía obligada á festejar á Luciano. Los conciudadanos de Luciano que habían ido á la plaza del Murier eran los obreros de la imprenta y de la papelería de los Cointet, acompañados de los pasantes de Petit-Claud, de Cachán y de algunos compañeros de colegio. Convertido por el poeta en el compañero de colegio, el procurador pensaba, con razón, que su nuevo amigo dejaría escapar, en un tiempo dado, el secreto del retiro de David. Y si éste sucumbía por culpa de Luciano, no podría permanecer el poeta en Angulema. Así, pues, para asegurar más su influencia, se mostró inferior á Luciano.

—¿Qué no hubiera hecho yo por salvarle?—dijo Petit-Claud á Luciano.—Se trataba de la hermana de mi compañero; pero en la audiencia hay posiciones contra las que no se puede nada. David me pidió, el primero de Junio, que le asegurase su tranquilidad durante tres meses; no estará en peligro más que en Septiembre, y, además, he sabido sustraer todo su haber á sus acreedores; pues ganaré el asunto en segunda instancia; haré fallar allí que el privilegio de la mujer es absoluto, que, en la especie, no encierra ningún fraude... Respecto á ti, vuelves desgraciado, pero